

CHRISTIAN RAMÍREZ

La noche del 21 de mayo pasado el tráiler de la nueva “Misión Imposible” —la número 7 de la serie, programada para 2023— se filtró en la web y sus imágenes comenzaron a replicarse y repostearse a toda velocidad mientras Paramount Pictures trataba de echar abajo sin mucho éxito los links ilegales. La filtración ocurrió al mismo tiempo que partían, en decenas de países (incluido Chile), las primeras funciones de pre-estreno de “Top Gun: Maverick”. El *timing* de los piratas —o del departamento de Márketing del estudio, como sugirió más de un malpensado—, no pudo ser mejor: a cuatro años de su última película, Tom Cruise volvía a las salas, Tom Cruise volvía a las redes. Eso, a menos de una semana del sorpresivo homenaje rendido por el Festival de Cannes, a donde había acudido a mostrar “Top Gun” y del que había salido con una Palma de Oro Especial que celebró emocionado como si fuese el Oscar que la Academia todavía no le entrega. Unos pocos días más tarde, el debut oficial de “Maverick” se convirtió en el más lu-

crativo de su carrera, los críticos estimaron que la película era poco menos que una obra maestra del cine de acción y los fans coparon los sistemas de *streaming* buscando la película original, mientras el actor volvía al set de filmación de “Misión Imposible 8” (programada para el 2024), convertido en “la última estrella de cine”, un mito viviente. Canasta llena.

¿En serio? ¿No se supone que Cruise era ese tipo raro, sin vida privada, alumno aventajado de la Cienciología, alguien que buscaba sus parejas como quien hace un *casting* para una película? Bueno, también. Pero las cosas han cambiado desde que el actor saltó en el sofá asustando a Oprah, desde que las películas de superhéroes

devoraron a los estudios cinematográficos y el covid-19 destruyó el negocio de la exhibición presencial. Mientras toda esa agua pasaba debajo del puente, Cruise se rehusó a tratar de seguir el ritmo de los tiempos y se reinventó al estilo de los actores del pasado; en vez de seguir intentando “venderse” como una persona, asumió su condición de rostro, de *movie star*, alguien que solo es capaz de existir por y para la panta-

A propósito de
“Top Gun: Maverick”:

Tom



PARAMOUNT PICTURES

Ni pantallas verdes ni efectos especiales a lo Marvel. La cosa real.

lla, algo que quedó plasmado en una serie de filmes tan impersonales como efectivos y precisos: “Valkyrie” (2008), “Jack Reacher” (2012), “Oblivion” (2014) y sobre todo “Edge of Tomorrow” (2014), en el que interpreta a un publicista que, reclutado en el ejército para combatir una invasión extraterrestre, resulta atrapado en un bucle temporal que lo obliga a vivir el mismo día, la misma batalla y básicamente la misma película, una y otra vez. Como

concepto, no está nada mal; pero como metáfora de la estrella de Hollywood condenada a lograr lo imposible en cada intento, era perfecta. Hasta entonces, Cruise se había pasado casi treinta años como una suerte de galgo corriendo desahogado tras su presa (fuese esta el Oscar, Nicole Kidman, la purificación cienciológica, en fin), al punto que la propia imagen de Tom, trotando tieso cual autómatas, acabó por hacerse presente en todas sus cintas hasta volverse un

meme. De tanto correr, le resultaba imposible parar.

Al respecto, tienen algo de razón quienes dicen que Cruise ha terminado por asemejarse más y más a Buster Keaton. No solo por su insistencia profesional y casi irracional en realizar todas sus carreras, saltos y acrobacias —la segunda trilogía de “Misión Imposible” (2011-2018) es un caso de estudio sobre el tema— y porque ha hecho de su cara una suerte de máscara impenetrable (y extraña-

mente lozana, casi al borde de los 60 años), sino por la casi indestructible resiliencia demostrada en una década de continua crisis audiovisual. Resistir y prevalecer era la mejor característica del impasible Buster, y se adapta bien a la idea de un Maverick que, a treinta y tantos años de su bautizo de fuego en “Top Gun”, continúa como eterno capitán y volando a contracorriente en una cinta que podría pasar por mero revival ochentero si no fuera por el intoxicante arrojo que el actor y su equipo exhiben en las secuencias aéreas. Cazas F-18 equipados con una cámara de IMAX puesta frente al piloto. Diálogos que los actores interpretan en el aire, en vivo, a toda velocidad en sus aviones. Nada de pantallas verdes, nada de efectos especiales a lo Marvel. La cosa real.

A ratos, es como si Cruise intentase regresar a los locos días de “Hell’s Angels” (1930) y sus batallas con decenas de aeroplanos en los cielos. Tal como ese excéntrico clásico dirigido por el multimillonario Howard Hughes, “Top Gun: Maverick” tiende a tropezar, a ponerse sentimental cuando está en tierra; pero una vez en el aire, se despliega a sus anchas, apunta al horizonte. Ya no corre, vuela.